

# Incorporar<sup>1</sup>

**François Dagognet**

La mediología –esta disciplina que Régis Debray ha sabido reconocer y analizar, para la cual ha encontrado fundamentos y a la cual ha “bautizado”– difiere de las técnicas de la comunicación o del estudio de las mentalidades. Se distancia de las concepciones estrictamente comportamentales como de las demasiado mentalistas o de las interioristas (fórmula de choque del *Cours de médiologie générale*: “el pensamiento no existe”). Ella toma en cuenta a la vez lo inmaterial, lo ponderal, lo colectivo. Ya no separa, para nuestro goce de filósofo, el mensaje, su soporte, lo simbólico, los útiles vehiculares, el grupo que atraviesa lo nuevo y del que será impregnado. Ya, en el simple nivel instrumental, contamos con el emisor, el transmisor, el receptor. Entramos difícilmente en esta lectura puesto que continuamos pensando que “solo las ideas gobiernan el mundo”, mientras que ellas suponen una comunidad (un colectivo) y implican un sistema procesal (material).

Finalmente, gracias a la mediología, vamos a evitar lo segmentado, lo abstracto (lo desencarnado), lo lineal (preferiremos lo diagonal). Nos proponemos –con el fin de liberar mejor su eficacia y su importancia– insistir sobre un operador paradójico que parece entorpecer la irradiación del mensaje, mientras que favorece su propagación y asegura su completitud. Le es necesario a la doctrina o a la idea o al dogma “el paso obligado por la corporeidad; para algo cuenta el soplo, el acento de la pronunciación, la manducación, la reverberación somática”. El *Cours de médiologie générale*, así como *Transmitir*, por lo demás lo han subrayado claramente; el solo título de algunos capítulos (“El misterio de la Encarnación”; “¿Es verdad que las ideas gobiernan el mundo?”) es suficiente para probarlo.

Vamos a añadir a este horizonte metafísico y teológico algunas consideraciones más prosaicas, sacadas del dominio psicofisiológico, que podrían fortificar la perspectiva de conjunto.

Comenzaremos por evocar una “experiencia personal” modesta pero reveladora: una organización universitaria programó recientemente, en el Futuroscope de Poitiers, una videoconferencia de la que nos encargó. Hicimos una intervención

<sup>1</sup> François Dagognet, Incorporar. En: *Cuadernos de mediología*. N.º 6: ¿Por qué mediólogos? Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, abril 16 de 2007.

que se dirigía a muchos grupos francófonos dispersos en los cuatro rincones del mundo (Reunión, Guadalupe, etc.). Nos volvimos “una palabra enseñante” que se despliega en una red. Un especialista en administración educativa ve acá un sistema con muy buen desempeño –él lo aproxima al “teletrabajo”– puesto que un solo locutor se dirige a una multitud: una fuente única y económica, puntos de llegada en estrella.

¿Por qué se presenta, según nosotros, el fracaso mediológico? Ante todo porque las técnicas de grabación y de difusión repercuten sobre la voz y le sacan algunos armónicos (la palabra se neutraliza un poco a través de ese filtro), pero sobre todo las sonoridades retumban pues un poco por todas partes y se dispersan. El locutor no ve, no encuentra al que le habla; vive la ausencia, la separación. En una clase, el alumno puede detener o cuestionar a quien se dirige a él; y si no se presenta esta interrupción, el maestro no deja de modificar o de modular su enseñanza según la actitud o la escucha de sus auditores.

En la experiencia (futurista) de Poitiers estaba cortado el vínculo comunitario –el intercambio “emisor-receptor”– a causa de que la técnica vehicular absorbió, e incluso devoró, el lado pedagógico; nadie se dirige verdaderamente a la inmensidad, a lo innumerable, al mundo mismo; excepto si se entra en la desviación patológica. Importa no romper la proximidad de los cuerpos (por eso la asamblea de fieles, la reunión de algunos discípulos, por no decir una clase de alumnos). La mediología reconoce la obligación estimulante de la reversibilidad entre los dos extremos de “la cadena” que difunde.

Se me objetará que en la radio el escritor o el conferencista desarrolla sin embargo, y con seguridad, su punto de vista ante anónimos que tampoco lo ven. Llega a ellos a través del sistema ciego que desacreditamos. En realidad, lo más frecuentemente se le pregunta; circula sobre las ondas una entrevista, no una exposición. El jefe de Estado no ignora el lado artificial, teatral, de débil alcance, generalmente breve, de un discurso en sí; se rodeará de periodistas que lo interrogarán y deberán incluso (a partir de un acuerdo secreto, tácito) abrazarlo. En resumen, no se puede prescindir de la “mediación corporeizada” incluso dentro de todas las mediaciones; ella condiciona la vitalidad, por no decir la verdad (lo vivido); asegura su completitud. Es necesario primero “hablar a pocos”, antes de pretender hablar a muchos; no se puede saltar por encima de estas primeras barreras aparentemente restrictivas. La mediología no ignora ni este “mediano” ni este “medio”.

Tomatis, un especialista en audiofonología, lo probó de otra manera: nos ha persuadido de la importancia del “lugar” donde se habla, si se quiere ser escuchado, recibido. De esta manera, Bossuet solo se eleva a lo patético del púlpito en la catedral, gracias a su acústica ideal. Su propia voz le regresa no tanto

intensificada o amplificada, como orquestada y de alguna manera glorificada; ella lo exalta (a causa de la auto-escucha reflexiva). En este caso, el orador se encuentra en una situación paradójica y enojosa: vive intensamente, interiormente, la relación “donador-receptor” y es en la medida en que participa en lo que lanza y de ello se beneficia, que puede emitir con más patetismo y energía (lo que hemos llamado “la reverberación”).

Si no se da este retorno valorizado – que provoca el “transporte” – no se sabe suficientemente que la voz (la laringe) termina por entorpecerse y empobrecerse. El mediólogo llega hasta esos rincones (boca y oreja inseparables) para sorprender allí el juego de los determinantes psicomotores y sobre todo aprender que el hombre solo tiende a inaugurar en él una interrelación, el cebo de una comunidad (consume lo que produce).

Inversamente, en un recinto demasiado reducido, que “orquesta mal”, el sonido se refleja rápido y de manera brutal; hiere la oreja que lo capta y llega a romper el entendimiento psicofisiológico, el bucle de un cuerpo que se auto-controla y sobre todo se auto-estimula. Esta es la razón por la cual “el cantante profesional” poco a poco se desordena; a tal punto desconoce el enlace auto-humano dentro de su melodía. En general le es necesario intensificar la emisión para ser escuchado allá lejos, con el fin de satisfacer a su público. Entonces regresan sobre él ruidos que lo violentan y lo hacen desequilibrar. Se le recomienda pues o que ponga sus manos sobre sus orejas, o al menos sobre una de ellas (la más activa) con el fin de atenuar esta incomodidad y excesiva “resonancia”. O que utilice un casco que rebaje y suavice lo que graba; sino, su voz se rasga y no podrá seguir ejerciendo su profesión.

Lo que aquí nos interesa no es tanto la receta o el análisis de una patología que se conoce ya bien (por lo demás, la audición de lo demasiado agudo o de lo demasiado ruidoso siempre ha producido sordera) sino la obligación que tiene lo que es “transmitido” de transitar a través del cuerpo, y sobre todo de no excederlo. La mediología no pretende descuidar el zócalo corporal sin el cual el sentido (ya se trate de un sermón, o de un canto o incluso de un curso profesoral) no puede verdaderamente circular y al que le faltaría “lo que le aumenta su voltaje”.

Jean-Jacques Rousseau –mediólogo y también musicólogo— incriminó a otra causa: según él, la escritura y el libro han eclipsado poco a poco la palabra; ellos le han hecho perder la tonalidad. Ya no podemos escuchar, a tal punto es verdad que la función crea el órgano.

Nuestros predicadores se atormentan y transpiran en los templos sin que se entienda nada de lo que han dicho. Luego de haberse agotado gritando durante una hora, salen del púlpito semimuertos. Seguramente, no valía la pena tomarse tanto trabajo. Los antiguos se hacían entender fácilmente por el pueblo en la plaza pública; hablaban

sin problemas todo un día. Los generales arengaban a sus tropas; se los escuchaba y ellos no se agotaban. (...) Supóngase un hombre arengando en francés al pueblo de París reunido en la Place Vendome. Gritará a voz en cuello, se escuchará que grita pero no se distinguirá ni una palabra. Herodoto leía su historia a los pueblos de Grecia reunidos al aire libre y por todas partes resonaban los aplausos. En la actualidad, el académico que lee una memoria en una asamblea pública apenas es escuchado al final de la sala (*Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Buenos Aires: Calden, 1970. p. 132).

Condillac había comentado ya esta situación: “Se trata de saber cómo los oradores romanos que arengaban en la plaza pública podían ser escuchados por todo el pueblo” (*Essai*, II, 1, 3, § 29). El filósofo de la sensación acusa aquí a las lenguas modernas muy poco discriminantes, mientras que el latín por ejemplo diferenciaba mejor el fin de las palabras y exigía también que la voz se subiera o se bajara incesantemente. Dejemos de lado las interpretaciones. Permanecemos aplicados a la idea de la importancia de la sonoridad de retorno, a la del medio físico (que en realidad es psíquico); nuestras ciudades y nuestras arquitecturas no tienen suficientemente en cuenta la “reflexión” (gracias a las configuraciones que la favorecen, como una plaza cerrada). El cerco que rebota “la palabra” nos parece que tiene el mismo papel que “el espejo” que nos da “nuestra imagen” (el sí mismo) cuya importancia se conoce (el estadio del espejo).

Diderot nos relata una “situación psicosensores” que va en el mismo sentido de las precedentes; frecuentaba el teatro, si le creemos y según la *Carta sobre los sordos y mudos para uso de los que escuchan y hablan*: “Tan pronto como se levantaba el telón, y llegaba el momento en el que todos los otros espectadores se disponían a escuchar, yo metía mis dedos en mis orejas, no sin sorpresa para los que me rodeaban y que, al no comprender, me miraban casi como a un insensato que venía a la Comedia a no escucharla... Prefiero hablaros de la nueva sorpresa en la que no dejaban de caer quienes estaban a mi alrededor cuando me veían derramar lágrimas en los lugares patéticos y siempre con mis orejas tapadas”.

Aquí, la corriente pasa gracias a la gestualidad que se impone a las palabras, de un tirón o declamadas. Una vez más, el cuerpo asegura la electrificación. El mediólogo no ignora que el “sentido” no se difunde necesariamente a través de las letras o signos gráficos, allí donde corre incluso el riesgo de hundirse y de enfriarse. Los momentos más tensos implican la “corporeización” que dramatiza más la escena.

En el pasado, por las mismas razones, hemos tomado en serio los trabajos de un antropólogo, Jousse, que se había interesado más en el recuerdo (la conservación del mensaje) que en su transmisión. Pero ¿no es necesario mantenerlo para poder luego distribuirlo?

Ahora bien, los textos sagrados eran tanto mejor recitados, salmodiados cuanto más correspondieran a ritmos en resonancia con el propio cuerpo (una especie de manducación permitía la asimilación, luego la restitución). En la medida en que no fuera preservado este método de incorporación, los recuerdos se borrarían, y sería necesario recurrir a medios externos, por no decir dispositivos topográficos o tabulares, como lo ha puesto de presente Yates en su *Arte de la memoria*.

Hemos somatizado al máximo la mediología, pero Régis Debray cauciona sin duda esta manera de ver por la importancia que le ha concedido a la “encarnación”, la que en la cima nos gratifica de un dios visible que ha tomado cuerpo.

La mediología rebosa de estrategias y de principios que han conservado algunos lazos (indirectos) con el cuerpo. Vamos a evocar tres:

Primero, la vida podría servir de modelo a la mediología si se guardan las proporciones. En efecto, ella se caracteriza por su fuga a propagarse; la creamos clausurada sobre sí misma, negentrópica, sustraída al afuera, autónoma. En realidad, el ser solo pretende perpetuarse, extender y diseminar su propio patrimonio.

A este respecto, el viviente ha logrado una triple operación: ha delegado en una semilla (cuasi puntual) el conjunto de sus predicados; le impide autofecundarse incluso aunque los órganos de reproducción broten uno al lado del otro (por ejemplo, el uno madurará solo cuando el otro habrá acabado su propio ciclo generativo: de acá la discordancia, la distancia buscada); en fin, ha conferido a esta semilla la mayor liviandad para que pueda volar y solo fecundar lejos, logrando vencer el espacio de la separación. No olvidemos sobre todo que la simiente detenta la totalidad del viviente en el más pequeño volumen; al mismo tiempo se conjugará (la heterogamia) con una que le es diferente y asegurará así la biodiversidad. No se trata para ella de desplazarse solamente, de revolotear o de viajar. Se acopla con una planta parecida a ella; dará nacimiento a un ser que encierra al antiguo pero que exhibe también al nuevo.

¿Cómo lograr esta proeza? Mientras que las células comprenden  $2n$  cromosomas –una doble hélice– en su núcleo, la célula reproductiva los reduce a  $n$  cromosomas con el fin de poderse ligar a  $n$  extranjeros (una fusión que realiza un apareamiento desconocido).

La minimalidad, que no compromete la esencia del viviente, así como la emergencia de un individuo original, nos parece una victoria sin igual. La mediología –más próxima de una filosofía de la naturaleza que de una filosofía de la conciencia– se inspirará en ella; reconocerá la necesidad de la miniaturización (sin pérdida) de lo que es transmitido.

No será esta la razón por la cual la imagen (recogida en su bidimensionalidad, simultánea) se impone sobre un relato y una narrativa sometida a la rectilinalidad, y por tanto al estiramiento, obligada a reglas que frecuentemente la disminuyen, la aplastan o incluso la vuelven trivial.

Segunda enseñanza. El mediólogo no ha cesado de mencionar que la mediación (que por definición excluye la inmediatez y obliga a un pasaje) vincula extremidades; sobre todo insiste en que la una y la otra –visión orgánica y no mecánica– se transforman a causa de esta relación (la retroacción). La mediología no se reduce a privilegiar los traslados; en el curso de las operaciones nota un aumento.

De esta manera, el saber dispensado a espíritus atentos se renueva a lo largo de la trayectoria educativa; por ejemplo, en filosofía, llegaremos a pensar que “el spinozismo no existe”. No se concibe por fuera de su interpretación, ella misma ligada a su difusión-transmisión. Su sustancia se vuelve la suma de las perspectivas que se tengan sobre él.

Retomarlo solamente, restituirlo tal cual (pretendidamente) lo degrada y lo pierde. Por ahí, el monitor no logra imponerlo. No concuerda con la dinámica de las ideas.

El escéptico sostendrá que más vale la evocación de un sistema o de una teoría que una presentación personalizada. Es desconocer el beneficio de la pasión; es olvidar que solo hay verdadero intercambio entre las consciencias y que, por todas partes, la simple reconducción de un sistema no interiorizado no permite su asimilación. Para que pueda ser aceptado, importa que sea repensado.

Antaño, a propósito de este problema de la integración y de la reciprocidad “emisión-recepción”, de su mutua transformación, hemos cometido un error recordando la fórmula: “Se espera a Cristo pero fue la Iglesia la que vino”, fórmula chocante, pero ante la cual el mediólogo no debe detenerse. En efecto, la religión no puede dejar de redefinirse y de inventarse. Cristo resucita con sus historias, incluso si corre el riesgo de morir también en ella. Su iglesia asegura su perpetuación y sobre todo su renovación. Llegamos hasta discernir aquí una posible comparación con la vegetalidad (*mutatis mutandis*) –como en el caso de la cepa de la vid– en la medida en que la planta se reproduce tanto como cambia; prolonga seguramente lo mismo pero lo casa con lo otro.

Finalmente –tercera observación– añadimos una notación que el mediólogo podrá discutir; con ello abrimos un debate en la disciplina. Nos referimos al cerebro y, más generalmente a la “corporeidad” receptora, que situamos en el corazón del intercambio Inter-subjetivo, persuadido de que la mediología no tiene que ver tanto con lo físico como con lo orgánico.

También pensamos que uno se equivoca al excitar el cerebro de muchas maneras al mismo tiempo (el multimedia); se lo electriza pero una sacudida no equivale a una estimulación y mucho menos a lo que facilita la interiorización. Mientras la velocidad cuenta a lo largo de un circuito que religa interlocutores, tanto más conviene respetar el tiempo necesario para la acogida. Las tecnologías modernas nos cubren demasiado de sonidos, de imágenes, de sensaciones; deslumbrar no es instruir. Debemos respetar los equilibrios o las exigencias orgánicas, aprender a recibir “el alimento psíquico” al ritmo de la manducación. La saturación, la proliferación, la poli-sensorialidad hacen perder tono y fatigan; entrañan rápidamente el rechazo. Regresamos así a una tesis que hemos defendido, una concepción de la cultura intussusceptiva (*intus*, adentro, y *susceptio*, la acción de tomar) lo que supone el tiempo para incorporar, y rechaza, en el mismo movimiento, el hiper-consumo. Ayer, J.-J. Rousseau criticaba “el clavecín ocular” de Père Castel, que solidarizaba la vista y los sonidos: “Yo vi ese famoso clavecín con el cual se pretende hacer música con colores. Significa conocer muy mal las operaciones de la naturaleza el no advertir que el efecto de los colores reside en su permanencia y el de los sonidos en su sucesión” (*Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Cap. XVI. *Op., cit.*, p. 113). En efecto, alejemos las sobredosis, las mezclas, las adiciones.

Hemos querido subrayar –corriendo el riesgo de una amplificación excesiva, por no decir caricatural– “el peso de lo corporal” en el intercambio verdadero, no solamente para que ese cuerpo se sitúe en el corazón de las mediaciones y las patetice, sino porque él mismo, en su fondo, cuenta, fusiona incluso lo físico y lo psíquico; el uno se expresa a través del otro.

Es pues justo que lo que es mediación básica o fundamental repercuta sobre los vínculos inter-subjetivos más variados que la mediología, disciplina cardinal, tiene en cuenta y aclara. En resumen, el “mediador por excelencia” no puede dejar de participar en las diversas mediaciones que hace posibles e incluso origina.